

# LA CULEBRA DE REOR

POEMA EN PROSA

*En el año 1909 «en atención al noble idealismo, riqueza imaginativa, generosidad y belleza formal que caracterizan su obra», fue por primera vez otorgado el premio Nobel de Literatura a una mujer: Selma Lagerlöf.*

*ANCORA, como tributo de homenaje en el primer centenario de su nacimiento, honra hoy sus páginas con la pluma de la eximia escritora.*

Un hombre llamado Reor de la villa de Svarteborg, era considerado por sus convecinos como el más hábil tirador del pueblo. Había sido bautizado en tiempos en que el rey Olaf exterminaba en Viken la antigua secta. Toda su vida había sido cristiano ferviente. Nació libre, pero pobre; era hermoso, aunque no muy alto de estatura y de condición suave, a pesar de su cuerpo recio. Sus miradas y sus gritos atemorizaban a los potros. Pasaba la mayor parte de su vida en el bosque y la Naturaleza era su dueña y señora. En su existencia no presenciaba más acontecimientos que el crecer de las plantas, el florecer de los árboles, los juegos de los liebres en los descampados del monte, el salto de las percas en el lago en la calma de la tarde, la sucesión de las estaciones y las mudanzas del tiempo. De todo eso, y no de las gentes, provenían sus dolores y pesares.

Un día Reor hizo una buena caza. Halló, en lo más espeso del bosque, a un oso y lo mató de un golpe: la punta afilada de la flecha voló recta al corazón de la fiera. Era en pleno estío. Tenía el oso una mala piel; pero Reor lo desolló, se echó ésta a la espalda y continuó su camino.

A poco trecho sintió olor penetrante a miel: era el aroma de plantas que cubrían el suelo; plantas de un verde claro y hojas lucientes, adornadas a lo largo de sus tallos con flores apretadas, blancas y diminutas. El perfume era como la voz con que las florecillas llamaban y delataban su presencia al viajero. Sus corolas, rebosando néctar, esperaban inutilmente a las abejas y mariposas, que no acudían; languidecían olvidadas en la soledad, al abrigo de la espesura en sombra y sin auras. Al cazador le pareció que las flores cantaban a coro: «Venid amigos encantadores; acudid hoy, que mañana, ya deshojadas, dormiremos bajo las hojas secas.»

Y Reor presenció la iniciación de las flores. Sintió a su espalda un soplo suave: era una mariposa blanca errante entre los troncos espesos, inquieta e indecisa, seguida de otras mariposas, que salpicaban de blanco la oscuridad de la espesura. El perfume las atraía y el alado bando cayó tras la mariposa que las guiaba sobre las flores languidecientes. Fue una fiesta, una alegría muda que inundó el bosque.

Reor continuó su camino entre el perfume que le envolvía. Una languidez misteriosa, más penetrante que el aroma de las flores que sedujo a las mariposas, le atraía hacia el fondo del bosque. Avanzaba con suave contento, sin otro temor que el de no encontrar el camino de aquella vaga aspiración que su alma sentía.

De repente, una culebra blanca cruzó por delante de él. Era un presagio de felicidad, y se inclinó para cogerla; mas el reptil se le escapó, deslizóse por el sendero, se enroscó y permaneció inmóvil; corrió Reor, tendió la mano, y la culebra se deslizó otra vez, como hielo entre los dedos. Sintió el cazador deseo irresistible de poseer aquel animal, la más sabia de todas las bestias, y corrió en su persecución. Parándose y huyendo, la culebra le condujo fuera de todo camino, en pleno bosque virgen.

En una selva de pinos y abetos, donde, al parecer, no

abundaba la hierba. Sin embargo, a poco de andar por el musgo seco, entre helechos y matorrales, sus pies hallaron una hierba blanda matizada de florecillas vaporosas y claveles rojos, al abrigo sofocante de las grandes ramas añosas por las que penetraban los rayos del sol.

En un extremo del valle se elevaba una montaña abrupta donde la luz resplandecía. Reor reconoció al punto en ella la fachada de un palacio de gigantes, y distinguió, bajo los líquenes y el musgo, los goznes enormes de la puerta de granito. Reor renunció a cazarla y volvió a percibir el perfume a miel de las flores lánguidas. Reinaba allí una quietud extraña y un calor bochornoso; ni un pájaro ni una hoja se movían; la vida misma parecía suspensa en una tensión inefable. Sentía igual impresión que si se encontrase solo en una habitación, espiado por una mirada invisible que le esperaba desde hacía mucho tiempo. No sentía ninguna zozobra, sino el escalofrío de la proximidad de un espectáculo maravillosamente bello.

Volvió a divisar la culebra blanca, que había trepado a una gran roca desprendida del monte por los hielos. Más abajo de la culebra dormía una joven hermosa vestida de un traje más sutil que la telaraña, tendida sobre la hierba muelle, como si hubiera caído rendida después de haber danzado con los Elfos toda la noche. Reor entreveía las líneas de su cuerpo al pie de las flores vaporosas y oscilantes. Sin aproximarse a ella, cogió el cuchillo y lo lanzó entre la montaña y la mujer, para que el acero, espanto de los gigantes, inmovilizara a la hija de estos al despertarse.

Después se absorbió en sus reflexiones. Una sola idea le dominaba: hacer suya a la joven dormida. Ignoraba aún cómo la trataría. Reor endía más claramente la voz de la Naturaleza que la de los hombres, y escuchó el consejo del bosque y la montaña. Estos le decían: «Te ofrecemos a ti, que amas la soledad, esta hija nuestra. Te hará más dichosa que cualquier mujer del llano. ¿Serás tu digno de este noble y rico presente?»

Reor agradeció a la Naturaleza tal generosidad y determinó hacer de aquella joven, no su esclava, sino su mujer; y pensando que la joven se ruborizaría al verse desnuda en su presencia, cogió la piel del oso y la extendió sobre el cuerpo admirable.

Tras la montaña abrupta tembló la tierra agitada por una risa alegre: no era risa de burla, sino de satisfacción; gozo de una persona que se ve libre de una angustia. Cesaron el calor y el silencio; aire fresco agitó la hierba, y las ramas de los pinos reanudaron su dulce murmullo. Reor comprendió entonces que el bosque había contenido su aliento, ansioso por saber como el hijo de los hombres trataría a la hija de la soledad.

La culebra se deslizó por la hierba y la joven encantada no se movió. Reor la envolvió en la piel y le dejó la cabeza fuera, rodeada de la pelambre del oso viejo. La hija del gigante de la montaña era delicada y de miembros finos. El cazador la cogió entre sus brazos y salió del bosque.

Al cabo de un rato sintió que le quitaban el sombrero haldudo. La hija del gigante se había despertado y, sentada tranquilamente en el brazo del joven, quería conocer quien la conducía. Reor precipitó el paso sin decir palabra. Advirtió ella que el sol tostaba el rostro del joven, y, con el sombrero al aire, como pantalla, se lo protegió. Continuó mirándole y Reor siguió la marcha, convencido de que no necesitaba hablarle ni preguntarle cosa alguna. Así, en silencio, fueron hasta la cabaña de la madre del cazador. Sentíase Reor colmado de dicha, y, al pisar el umbral, vió que la culebra blanca, símbolo de la felicidad doméstica, se deslizaba y escondía bajo los cimientos de su casa.